

San Óscar A. Romero

HOMILÍAS
DE
JUSTICIA Y PAZ

Ciclo A (1978)

II

Edición preparada por
MIGUEL CAVADA DIEZ

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2020

© UCA Editores. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 2006
El Salvador, C. A.

© de esta edición: Biblioteca de Autores Cristianos, 2020
Añastro, 1. 28033 Madrid
Tel.: 91 343 97 91
www.bac-editorial.es

Depósito legal: en trámite, 2.º trimestre 2020
ISBN: 978-84-220-2103-2 (Obra completa)
ISBN: 978-84-220-2138-4 (Vol. IV)

Preimpresión: BAC
Impresión: Lumira, Moraleja de Enmedio (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Ilustración de cubierta: Alison McKellar (Flickr)
Diseño: BAC

¿Necesita utilizar un fragmento
de alguna de nuestras obras?
Dirijase a:



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	XIII
NOTA DEL EDITOR.....	XXIII
SIGLAS.....	XXVII
Misterio de salvación en Cristo. Noveno domingo del Tiempo Ordinario, 4-6-1978.....	3
Hechos de la semana.....	5
Vida de la Iglesia.....	9
El camino de las maldiciones y el camino de las bendiciones.....	12
Ni la fe sin obras ni las obras sin fe.....	15
La fuerza del evangelio.....	16
La justificación y la fe. Décimo domingo del Tiempo Ordinario, 11-6-1978.....	19
La justificación que Dios ofrece a los hombres.....	20
La disposición que los hombres deben tener para recibir esa justificación de Dios.....	26
La misión de la Iglesia y de los profetas: disponer a los hombres para recibir la justificación de Dios.....	30
Hechos de la semana.....	31
Vida de la Iglesia.....	36
El Papa, corazón de la Iglesia. Decimotercer domingo del Tiempo Ordinario, 2-7-1978.....	38
El Papa es un santo, es un hombre de Dios, un digno de Cristo.....	41
El Papa es un profeta enviado por Cristo.....	44
Hechos de la semana.....	48
El Papa es el gran sacramento de la renovación del mundo.....	50
El camino del misterio de la salvación. Decimocuarto domingo del Tiempo Ordinario, 9-7-1978.....	53
Hechos de la semana.....	54
Vida de nuestras comunidades.....	59
La iniciativa es de Dios.....	62

En qué consiste esa oferta de Dios	64
Quiénes reciben y quiénes no pueden recibir esta ofrenda que Dios nos trae por iniciativa suya	68
La siembra de la palabra del reino. Decimoquinto domingo del Tiempo Ordinario, 16-7-1978	71
Hechos de la Iglesia	71
La palabra del reino es semilla	75
Hechos de la semana	81
La proclamación de esa palabra es siembra, se llama evange- lización	85
La cosecha de esa siembra es la salvación integral del hombre y del mundo	87
El Espíritu de Dios entre los hombres. Decimosexto domingo del Tiempo Ordinario, 23-7-1978	91
El Espíritu de Dios	92
La vocación de los hombres	96
La Iglesia, signo del Espíritu de Dios entre los hombres	103
Vida de la Iglesia	104
Hechos de la semana	107
El reino de Dios es la verdadera riqueza del hombre. Decimo- séptimo domingo del Tiempo Ordinario, 30-7-1978	110
La verdadera riqueza	111
Cristo personifica la verdadera riqueza	115
El fracaso de la falsa riqueza	119
Hechos de la semana	120
Vida de la Iglesia	124
El Hijo del hombre, luz del pueblo que peregrina en la tierra.	
Fiesta de la Transfiguración del Señor, 6-8-1978	127
El Hijo del hombre en la plenitud de su gloria	128
El Hijo de hombre, luz del pueblo que peregrina en la tierra	129
A Él hay que escuchar	134
El Divino Salvador y el Papa, señal de Dios con nosotros. Deci- monoveno domingo del Tiempo Ordinario, 13-8-1978	137
Deseo de Dios y capacidad de los hombres para encontrarse mutuamente	140
Signos de la presencia de Dios entre nosotros	143
El Papa, la gran señal de la Iglesia	147
Vida de la Iglesia	153
Hechos de la semana	154

El dinamismo misionero, espiritual y social del reino de Dios en su Iglesia. Vigésimo domingo del Tiempo Ordinario, 20-8-1978	156
Noticias y avisos de nuestra vida eclesial.....	157
La Iglesia tiene un dinamismo misionero.....	164
La Iglesia tiene un dinamismo espiritual	167
La Iglesia tiene un dinamismo social.....	171
Hechos de la semana.....	173
El Papa, lugarteniente de Cristo en su Iglesia. Vigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario, 27-8-1978	177
El Papa es el lugarteniente de Cristo porque refleja la presencia de Dios en la Iglesia	179
El Papa es la garantía de la consistencia inmortal de la Iglesia	185
El Papa es el principio y fundamento de la unidad universal de la Iglesia	186
Vida de la Iglesia	190
Hechos de la semana	192
La cruz en la vida. Vigésimo segundo domingo del Tiempo Ordinario, 3-9-1978	197
La cruz provoca las crisis de la vida.....	198
Solo la cruz da sentido a la vida	203
Sin la cruz la vida es un fracaso.....	206
Vida de la Iglesia	208
Hechos de la semana	212
La Iglesia, comunidad profética, sacramental y de amor. Vigésimo tercer domingo del Tiempo Ordinario, 10-9-1978	216
La Iglesia, comunidad profética	221
La Iglesia, comunidad sacramental.....	225
La Iglesia, comunidad de amor	228
Vida de la Iglesia	229
Hechos de la semana	231
La Iglesia, comunidad de amor. Vigésimo cuarto domingo del Tiempo Ordinario, 17-9-1978	235
Vida de la Iglesia	236
Hechos de la semana	240
El problema de la violencia y del perdón	243
El conflicto entre los tradicionalistas y los progresistas.....	247
La clave de solución, la trascendencia del amor.....	248

Las crisis del reino de Dios. Vigésimo quinto domingo del Tiempo Ordinario, 24-9-1978	252
Vida de la Iglesia	252
Cuál es el pensamiento de Dios	262
El pensamiento de Dios provoca las crisis en los hombres...	265
Cómo se resuelven las crisis	267
Hechos de la semana	269
La Iglesia de Juan Pablo. Vigésimo sexto domingo del Tiempo Ordinario, 1-10- 1978	274
Vida de la Iglesia	276
La Iglesia de Juan Pablo es la Iglesia de Juan el Bautista	281
La Iglesia de Juan Pablo es la Iglesia san Pablo	286
Cristo, nuestro Señor	288
Hechos de la semana	290
La respuesta de Dios al mundo actual. Funeral de Juan Pablo I, 3-10-1978	293
Lo jerárquico	293
Lo cristiano	294
Lo mariano	296
La Iglesia, viña del Señor. Vigésimo séptimo domingo del Tiempo Ordinario, 8-10-1978	299
El Señor plantó la Iglesia en el mundo como una viña.....	299
En esta viña, que es la Iglesia, se reflejan las crisis del reino de Dios	305
Vida de la Iglesia	309
Hechos de la semana	312
La victoria será de Cristo a través de su Iglesia	314
Festín de Dios con los hombres. Vigésimo octavo domingo del Tiempo Ordinario, 15-10-1978	316
Vida de la Iglesia	318
Dios prepara un festín con los hombres	322
Dios hace a la Iglesia mensajera de su festín para todos los hombres	325
Los invitados son todos los hombres, pero no todos fueron dignos de la invitación	329
Hechos de la semana	331
La Iglesia, comunión de vida, de caridad y de verdad para la salvación del mundo. Trigésimo domingo del Tiempo Ordinario, 29-10-1978	335

Vida de la Iglesia	336
Comunión de vida	341
Comunión de verdad	343
Comunión de caridad	348
Hechos de la semana	350
La Iglesia santa, pero necesitada de purificación. Trigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario, 5-11-1978.....	354
Los pecados de la Iglesia	356
Vida de la Iglesia	364
Hechos de la semana	368
La santidad de la Iglesia	373
¿Dónde está la fuente de esta santidad?	373
La Iglesia, esposa de Cristo. Trigésimo segundo domingo del Tiempo Ordinario, 1-11-1978	375
El matrimonio es una alianza	378
El matrimonio es una espera	381
Vida de la Iglesia	387
Hechos de la semana	391
El matrimonio es una consumación, una fiesta de bodas	393
La Iglesia, una comunidad en espera activa del retorno de Cristo. Trigésimo tercer domingo del Tiempo Ordinario, 19-11-1978.....	395
Una comunidad en espera	398
Es una espera activa	400
Vida de la Iglesia	407
Hechos de la semana	411
Esperamos el retorno de Cristo	413
Su reino no tendrá fin. Solemnidad de Cristo Rey, 26-11-1978.	415
Vida de la Iglesia	417
Su reino no tendrá fin porque Dios es su fundamento	425
Su reino no tendrá fin porque su ley es el amor	427
Su reino no tendrá fin porque su rey es Jesucristo, el eterno viviente	430
Hechos de la semana	432
Un juicio de Dios. Misa exequial del padre Ernesto Barrera Motto, Parroquia La Asunción, Mejicanos, 29-11-1978.....	435
La dimensión humana	436
La trascendencia	437
Un juicio de Dios	439

INTRODUCCIÓN

En sus homilias, monseñor Romero explicaba todas las lecturas litúrgicas y no dejaba de tocar ningún acontecimiento de los muchos que ocurrieron en una historia tan densa como la que le tocó vivir. En esta introducción, solo vamos a recordar lo que dijo sobre las organizaciones políticas populares, las reacciones a favor y en contra de su persona, sus reflexiones sobre el ministerio jerárquico, sugeridas por los tres papas que hubo en esos meses, y el asesinato de sacerdotes. A través de todo ello, se fue mostrando públicamente cómo era monseñor Romero por dentro.

Las organizaciones políticas populares. El 6 de agosto de 1978, monseñor Romero, junto con monseñor Rivera, publicó su tercera carta pastoral: *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*. Estas habían proliferado y muchos de sus miembros eran cristianos. Por su parte, la oligarquía, el gobierno, los cuerpos de seguridad, con la complicidad de los medios de comunicación, habían iniciado una brutal represión contra ellas. Esto supuso serias exigencias a la Iglesia, que monseñor Romero no rehuyó: explicar la verdad de las organizaciones populares, sus causas y necesidad histórica, el derecho a organizarse, sobre todo de los campesinos. Además, la Iglesia tenía que pronunciarse ética y evangélicamente sobre todo ello, y sobre la violencia que se iba generando en el país: sus diversas manifestaciones, las condiciones de legitimidad, la condena de su endiosamiento. Y por encima de todo, tenía que animar a que se hiciese justicia y a que esta llevase a la paz.

A diferencia de sus dos cartas anteriores, esta la escribió monseñor Romero tras muchas reuniones con expertos, concedores de la realidad del país, teólogos y agentes de pastoral; y tras muchos encuentros con el pueblo y sus organizaciones.

Las palabras finales, dirigidas a los gobernantes, resumen la situación del país y ofrecen el contexto de muchas denuncias y reflexiones de las homilías de este período:

1. Legislen teniendo en cuenta las mayorías del campo donde surgen graves problemas de tierra, de salario, de asistencia médica, social y educativa.

2. Abran realmente el reducido espacio político y den entrada legal y real a las diversas voces políticas del país.

Den oportunidad de organizarse legalmente a quienes injustamente se les ha privado de ese derecho humano, especialmente a los campesinos.

3. Atiendan el repudio del pueblo a la *Ley de Defensa y Garantía del Orden Público* y, en cambio, promulguen otras leyes que realmente garanticen los derechos humanos y la paz, y pongan cauces eficientes al diálogo cívico y político, sin que nadie tenga por qué temer al expresar sus ideas que puedan ser de servicio al bien común, aunque signifiquen una crítica al gobierno.

4. Cesen ya de amedrentar al campesinado y pongan fin a esa trágica situación de enfrentamiento entre campesinos, explotando su pobreza para organizar a unos al amparo del gobierno y perseguir a otros por organizarse para buscar su subsistencia y sus derechos en independencia de él.

5. Abran la confianza del pueblo con unos gestos inteligentes y generosos como serían: una amnistía para todos los presos acusados de haber violado la *Ley de Defensa y Garantía del Orden Público*, la libertad de tantos presos por motivos políticos que no han sido consignados a los tribunales, sino que han desaparecido después de haber sido capturados por los cuerpos de seguridad; y la posibilidad de regresar al país los expulsados o aquellos a quienes se les impide volver a nuestra patria por motivos políticos.

Las reacciones. Tocar el tema de las organizaciones populares era, pues, tocar lo más hiriente de la realidad del país. Para la Iglesia de la arquidiócesis, fue un momento privilegiado de impartir doc-

trina social, con originalidad y creatividad que no se encontraba en otras partes; de denuncia profética contra la conculcación del derecho de la organización y contra la violencia criminal de represión y muerte; de verdadera opción por los pobres, pronunciándose en favor del pueblo oprimido, iluminando su derecho a la organización y criticando algunas de sus prácticas.

Monseñor Romero ya había sufrido ataques desde que comenzó su ministerio, pero esta carta agudizó el odio contra él. Fue rechazada, como demoniaca, por los poderes de siempre, y también por los restantes obispos de la conferencia episcopal, quienes publicaron un comunicado sobre el mismo tema, muy breve, intelectualmente pobre y evangélicamente sin una clara opción por los pobres ni siquiera con imparcialidad.

Al Vaticano llegaron muchas críticas en su contra, y se organizó una campaña para recoger firmas pidiendo su destitución. «Piden mi destitución», reconoce en una de sus homilías. No le preocupa en lo personal, pero ello le da pie a explicar qué es lo que realmente está haciendo y qué es lo que lleva en su corazón. De esta forma, revela cosas muy importantes.

«Para que vean cuál es mi oficio y cómo lo estoy cumpliendo», explica, por ejemplo, cómo prepara y qué pretende con sus homilías:

Estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo, miro a mi alrededor, a mi pueblo; lo ilumino con esta palabra y saco una síntesis para podérsela transmitir y hacerlo, a ese pueblo, luz del mundo, para que se deje guiar por los criterios, no de las idolatrías de la tierra; y por eso, naturalmente que los ídolos de la tierra y las idolatrías de la tierra sienten un estorbo en esta palabra y les interesaría mucho que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Suceda lo que Dios quiera, pero su palabra —decía san Pablo— no está amarrada (Homilía, 20-8-1978).

Muchos otros, el pueblo sobre todo, reaccionaron dándole su apoyo total. En la homilía del 26 de noviembre, monseñor Romero agradeció, por ejemplo, la solidaridad que le llegaba de las Iglesias protestantes reunidas en Oaxtepec, México. Y en esos días ocurrió

también un hecho inaudito de solidaridad internacional: «Quiero mencionar también, hermanos, [...] un sincero agradecimiento al Reino Unido de Inglaterra, que ha tenido ese gesto, para mí verdaderamente sorprendente, de postular mi pobre nombre para el premio Nobel de la Paz». En efecto, en el mes de octubre lo habían propuesto ciento dieciocho parlamentarios del Reino Unido, y lo justificaron con estas certeras palabras:

Desde su nombramiento como arzobispo, ha denunciado sin descanso e inflexiblemente, las detenciones, las torturas, las desapariciones y matanzas que hoy día acontecen en El Salvador. Como hombre comprometido por la paz, ha rechazado la violencia de cualquier origen y ha propugnado por reformas sociales y económicas para abolir las injusticias de la sociedad feudal, cargada de miseria, de El Salvador. Casi en solitario, se ha convertido en el campeón de los pobres y de los indefensos. Como consecuencia de ello, está sometido diariamente a los peores vilipendios por parte de la prensa y por otros medios.

El Nobel de ese año no se lo otorgaron a monseñor Romero, sino a la madre Teresa de Calcuta. Monseñor la felicitó noblemente, y solo añadió que sentía no recibir el premio en metálico, pues tenía la ilusión de haberlo donado al hospitalito de cancerosos incurables, donde él vivía.

El ministerio jerárquico. En todas sus homilias monseñor Romero hablaba de la Iglesia. Su gran ilusión era construir una Iglesia auténtica, evangélica, una Iglesia de verdad, y desde ahí analizaba acontecimientos eclesiales importantes. En ese período murieron dos papas, Pablo VI y Juan Pablo I, y fue elegido Juan Pablo II. De ahí que hablase mucho de ellos. A Pablo VI, le guardó un agradecimiento impercedero desde que lo visitó en Roma en abril de 1977, después del asesinato del padre Rutilio Grande. Pablo VI, poniendo sus manos entre las suyas, le dijo esta palabra: *coraggio*, «ánimo». Y se alegró mucho de las muestras de solidaridad de la arquidiócesis con el difunto Papa. A Juan Pablo I, lo recibió con

júbilo; y en la homilía del 27 de agosto de 1978 desarrolló la idea de que el Papa es «lugarteniente de Cristo en su Iglesia». De Juan Pablo II, dijo que «era “un hombre” verdaderamente pastor, sencillo, pero fuerte en sus pensamientos».

Su lealtad a los tres papas y a la Iglesia jerárquica estaba fuera de toda duda. Al mismo tiempo, eso no le impedía insistir en lo más fundamental. «La Iglesia de los pobres no es una demagogia» (Homilía, 22-10-1978, en el funeral de Juan Pablo I). Y en la homilía del 29 de octubre de 1978, la primera que pronunció después de la coronación de Juan Pablo II, dijo: «Todos ustedes son pontífices, profetas y reyes, no es responsabilidad solo del Papa, sino que es todo el pueblo bautizado el que tiene que vivir esa hermosa responsabilidad de Iglesia universal».

Y también veía los peligros de servilismo ante la jerarquía. Una vez, lo dijo apoyándose en santa Teresa:

¡Qué reflexión eclesiástica esta, hermanos! Ya decía santa Teresa de Jesús, ya nos confundimos qué título hay que darle a los prelados: si excelencia, si eminencia, si... Y ni entendemos ya. Parecen payasadas muchas veces: ¡excelencia!, ¡excelencia! ¡Cuánto más hermoso el nombre sencillo de cristiano! Pero eso hemos heredado y hoy nos está fustigando el evangelio. Y yo quisiera, pues, con franqueza cristiana, que todos, empezando por mí mismo, nos convirtiéramos a esta diatriba tremenda de nuestro Señor Jesucristo: «El que sea primero entre vosotros sea vuestro servidor». Este es el principio. En esto hay que hacer consistir la verdadera grandeza del hombre. Cuanto más grande, cuanto más autoridad, no lo manifieste en filacterias, ni en borlas, ni en vestidos; muéstrerlo en servicio, en sencillez, en ser el primero en ofrecerse porque, a quien Dios le ha dado autoridad, le ha dado la gracia para servir a ese pueblo, no para atropellarlo, no para ponerle cargas, sino para ayudarle a servirse (Homilía, 5-11-1978).

Monseñor Romero se remite a santa Teresa de Jesús, la cual, con su gracejo acostumbrado, decía cosas como esta: «¿Ahora me intitula de “reverenda” y “señora”? Dios le perdone» (Carta 133, 1).

«¡No me ponga “señora” en el título, que no es lenguaje nuestro!» (Carta 181, 1).

Y él mismo hacía examen de conciencia sobre su actuación como arzobispo y la de sus hermanos en el episcopado, y tuvo la nobleza de pedir perdón. «¡Qué vergüenza para mí, pastor —y le pido perdón a mi comunidad— cuando no haya podido desempeñar como servidor de ustedes mi papel de obispo! No soy un jefe, no soy un mandamás, no soy una autoridad que se impone. Quiero ser el servidor de Dios y de ustedes» (Homilía, 10-9-1978).

Un sacerdote asesinado. La última homilía de este tomo es muy especial. Es la homilía en el funeral del padre Ernesto Barrera Motto, asesinado el 28 de noviembre de 1978. Neto Barrera, como era conocido, trabajaba con los sindicatos, y las circunstancias de su muerte fueron confusas, pues hubo varias versiones muy distintas. La versión oficial afirmaba que había muerto en un enfrentamiento y con un arma en la mano. Ante esto, algunos desaconsejaron a monseñor Romero asistir al funeral, para no ser acusado de connivencia con movimientos armados de izquierda. Pero monseñor Romero solo se hizo la pregunta de si la mamá de Neto iría al funeral. Y monseñor presidió el funeral. En ese contexto, cada palabra suya tenía un significado especial.

En primer lugar, expresó sus condolencias a las «estimadas familias dolientes, tanto del padre Neto como de los tres que junto con él van a recibir cristiana sepultura». Del padre Neto, recalcó su condición humana, y, saliendo al paso de los rumores de aquellos días, dijo: «Habrá rasgos difíciles en el sacerdocio actual, sobre todo joven, pero mientras haya sustancialmente un deseo de servicio, un deseo de poner todas sus condiciones y cualidades humanas al servicio de esa Iglesia y de ese reino de Dios, hermanos, tengamos confianza». Y añadió estas palabras de honda solidaridad humana:

Esta dimensión humana del padre Neto también se une con los otros hombres que junto a él son hoy cadáveres. Queremos también invocar sobre ellos el sentimiento humano, y si alguien criticara la presencia de la Iglesia junto a los que

mueren en situaciones misteriosas como éstos, podríamos decir: no es cristiano [...]. Por eso, hermanos, con todo derecho y sin ningún miedo, estamos celebrando estos funerales, porque es algo profundamente humano y nada humano tiene que ser extraño al corazón de la Iglesia.

Monseñor habló de la liberación que trae Cristo y que plenifica los esfuerzos liberadores de la tierra. Invocó la misericordia de Dios sobre los fallecidos, pues nada humano se presenta ante él sin manchas. Pero terminó con «el repudio valiente de la justicia de Dios frente a las maquinaciones de la iniquidad de quienes quieren usar hasta la muerte y el dolor de los hombres para sus fines aviesos». Y una vez más desenmascaró y rechazó las noticias escandalosas de periódicos y radios: «A Neto Barrera lo flagelaron. Hay un documento extendido por un médico forense que delata torturas espantosas. Neto Barrera debió sufrir mucho antes de entregar su espíritu al juicio del Señor».

El corazón de monseñor Romero. Los ataques de sus enemigos y el reconocimiento de sus amigos hicieron que monseñor Romero hablase de sí mismo en las homilías. Son pasajes muy bellos. Ayudan a conocer qué hacía y por qué lo hacía monseñor. Y, en definitiva, dan conocer lo más profundo de su persona. Esas confesiones personales aparecen, casi siempre, cuando habla de su relación con el pueblo. Ante las difamaciones de ser antisalvadoreño y antieclesial, anticristiano y antihumano, monseñor quería decir a su pueblo, quién era él en verdad. Aquí, solo menciono, resumida y organizada, algunas de sus palabras más personales y entrañables.

En medio de las reacciones hostiles, se remitió a Jeremías: «Algo de lo del profeta Jeremías podría ser también mi papel». Ante la maledicencia, insistió en su fidelidad eclesial: «Moriré, primero Dios, fiel al sucesor de Pedro». «Siento que hoy soy más fiel». Y ante el desamparo de la gente, insistió en su fidelidad hacia ellos: «Trataré de seguir acompañando, defendiendo y orientando al querido pueblo». Y en una desmesura de amor evangélico, decía también: «Mis queridos hermanos que me odian [...] les quiero mucho».

Lo central, sin ninguna duda, está en su respeto y reverencia, agradecimiento y amor a su pueblo. *Aprender y agradecer*: «Yo también, hermanos, recibo la predicación de ustedes». «El predicador aprende, ustedes me enseñan». «Ayúdenme, hermanos». *Agradecimiento*: «Muchas gracias por este aplauso, que no lo ando buscando». «La presencia de ustedes es ánimo para el pastor». *Amor*: «Mi amor es el pueblo». «El que está en conflictos con el pueblo, sí estará en conflictos conmigo».

Al pueblo le habla con una claridad escalofriante y desconocida. No siente que su ministerio institucional ponga ninguna barrera entre ellos y él. Ante la maledicencia, encuentra su mayor consuelo en los niños y les habla así: «Una niña me dice en su discurso al llegar: “Permítanos que los niños y los jóvenes lo saludemos como a un buen amigo”. Les dije: “No me han dicho una palabra más bella. Quiero ser el amigo de ustedes y me duele que en estas regiones haya quienes envenenen el alma sembrando y desfigurando la figura del obispo”» (Homilía, 26-11-1978).

El *Diario de Hoy* manipuló burdamente la situación de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y en una notita muy arrinconada decía: «Las buenas relaciones que existen entre el Estado y la Iglesia católica desmienten la calumnia de que ha sido objeto el clero». Esto le molestó profundamente a monseñor Romero y, en la homilía del 20 de agosto de 1978, lo desenmascaró sin tapujos:

Ustedes son testigos que yo no he dicho eso. Simplemente mantengo una posición de que no estoy confrontándome con nadie, sino que estoy tratando de servir al pueblo y el que esté en conflicto con el pueblo, sí estará en conflicto conmigo. Pero mi amor es el pueblo y desde el pueblo pueden ver, a la luz de la fe y del mandato que Dios me ha dado de conducir este pueblo por los caminos del evangelio, quiénes están conmigo y quiénes no están conmigo, viendo simplemente las relaciones del pueblo.

Así era monseñor. En sus homilías —y en este tomo aparece con claridad— cita a los clásicos de la Iglesia, a Tertuliano, san Agustín, san Juan de la Cruz, santa Teresa, san Bernardo, santa

Catalina de Siena... Pero su referente fundamental es la realidad del pueblo, sufriente y esperanzado, que le exige fidelidad, verdad y entrega. Monseñor Romero siempre se vio a sí mismo como servidor de ese pueblo y como dispensador del evangelio: «Yo no tengo inconveniente en ser destituido, no tengo ambiciones en el poder de la diócesis. Simplemente, considero que esto es un servicio y que, mientras el Señor, por medio del pontífice, me mantenga en él, seré fiel a mi conciencia, a la luz del evangelio, que es lo que yo trato de predicar, nada más ni nada menos» (Homilía, 20-8-1978).

JON SOBRINO
San Salvador, abril de 2006

NOTA DEL EDITOR

En este tomo, presentamos la edición de veinticinco homilías de monseñor Óscar Arnulfo Romero, pronunciadas desde el 4 de junio hasta el 26 de noviembre de 1978, homilías que corresponden al ciclo A de la liturgia de la Iglesia. Se incluye también la homilía en el funeral del padre Ernesto Barrera, el 29 de noviembre de 1978. Monseñor Romero no predicó en catedral los domingos 18 y 22 de junio de 1978, porque se encontraba en Roma, realizando la visita *ad limina*; tampoco predicó el 22 de octubre, por motivos de salud.

En la edición de estas homilías, hemos confrontado nuevamente el texto escrito con las grabaciones de las homilías, a fin de garantizar la integridad del mensaje. Para ello nos hemos servido de una reproducción de las cintas magnetofónicas originales obtenidas en los estudios de la YSAX La Voz Panamericana, emisora de la Arquidiócesis de San Salvador, unos meses después del martirio del pastor y profeta. Posteriormente, hemos sometido la transcripción al ejercicio paciente de la corrección de estilo. En este tomo, la reproducción magnetofónica de dos homilías está incompleta, como indicamos oportunamente al pie de página, aunque pensamos que se ha conservado lo central del mensaje.

Resulta admirable que monseñor Romero no llevara por escrito sus homilías; solamente se auxiliaba de un guion manuscrito con los tres pensamientos principales de la predicación y algunos documentos que leía en el momento oportuno, por ejemplo, la fotocopia de algún texto del Vaticano II o de Medellín, informes de derechos humanos, cartas que le enviaba la gente, etcétera. Con ello, queremos subrayar que sus homilías son originalmente palabra oral y no palabra escrita. Esto, sin lugar a dudas, las reviste de una fuerza, originalidad y belleza incomparables. Sin embargo, para efectos de la transcripción no deja de crear dificultades. Por ejemplo, a ve-

ces monseñor Romero comienza una oración que deja incompleta, para exponer una nueva idea; estos casos los señalamos con puntos suspensivos. Cuando hemos observado algún *lapsus linguae*, lo indicamos en una nota al pie de página. También hemos respetado los salvadoreñismos. En algunos casos, por tratarse de lenguaje oral, podremos encontrar párrafos un tanto oscuros, que podríamos haber simplificado para hacerlos más comprensibles; sin embargo, nos hemos cuidado mucho de no quitar ni añadir nada a sus palabras. Con todo esto, queremos dar fe de que presentamos las homilías de monseñor Romero tal y como él las pronunció verbalmente.

Un aspecto importante de la edición son los títulos y subtítulos de las homilías. Monseñor Romero tenía la buena costumbre de presentar, al comienzo de la homilía, el título de la misma y las ideas principales, lo cual facilita la labor de edición. Monseñor Romero también incluía en sus homilías un elemento que hace que su predicación sea tan original; nos referimos a lo que él mismo llamaba «el marco de la homilía»: las noticias de la vida de la Iglesia y las denuncias, comentarios o juicios teológico y pastorales de los hechos de la realidad más importantes de la semana. Señalamos esta parte de la homilía bajo los subtítulos: «Vida de la Iglesia» y «Hechos de la semana».

Nos ha parecido necesario acompañar la extraordinaria riqueza de la predicación de monseñor Romero con algunas notas. Todas ellas, tanto en el texto entre paréntesis como al pie de página, son del editor. Y para ello hemos seguido los siguientes criterios:

Los textos bíblicos y del magisterio de la Iglesia que monseñor Romero comenta en su predicación, sin aducir la cita explícitamente, se han buscado y anotado entre paréntesis en el texto homilético. Monseñor Romero emplea, en muchas ocasiones, el recurso oratorio de la paráfrasis, sobre todo de textos bíblicos, para presentar el mensaje. Aunque, en el sentido estricto, no se trata de citas literales, hemos entrecomillado el texto y siempre señalamos entre paréntesis la cita bíblica correspondiente.

En los casos en que Monseñor Romero comenta las catequesis, alocuciones y otras intervenciones del Papa, citamos, al pie de página, la edición en lengua castellana de *L' Osservatore Romano*.

En algunos textos del magisterio u otros documentos citados por monseñor Romero en sus homilías, se podrá observar el signo de corchetes; con ello aplicamos la norma convencional para indicar que monseñor Romero, en esos casos, omite algunas partes del texto original. En algunas homilías, muy pocas, la cita de un documento determinado es textual, pero en la lectura monseñor Romero incluye un brevísimo comentario personal. En estos casos, incluimos el comentario entre corchetes.

En este periodo, comienzan a ser frecuentes los aplausos, con los que la asamblea responde a la predicación de monseñor Romero, los cuales indicamos con el signo de asterisco.

Al pie de página, se incluyen algunas notas explicativas. Hemos procurado incluir las notas imprescindibles, que ayuden a ubicar el contexto histórico de su predicación, a completar la información sobre algún hecho que monseñor Romero da por sabido entre sus oyentes, o a identificar el origen de algún texto o documento mencionado por monseñor Romero. En este tomo, no hemos podido identificar el origen de algunos textos. Esperamos subsanar esta deficiencia en próximas ediciones.

Queremos agradecer de manera especial a Josep Vives, catedrático de la Facultad de Catalunya, quien nos ha ayudado a identificar y redactar varias notas de pie de página. También al padre Luiz Pedro Wagner, subsecretario adjunto de la Conferencia Episcopal de Brasil, y a Aneildo Batista da Silva, responsable del sector de informática de dicha Conferencia. Un agradecimiento especial a don Rafael Flores, director del Archivo Histórico del Arzobispado de San Salvador, quien nos ha facilitado el acceso a diversas publicaciones y documentos.

MIGUEL CAVADA DIEZ
San Salvador, abril de 2006